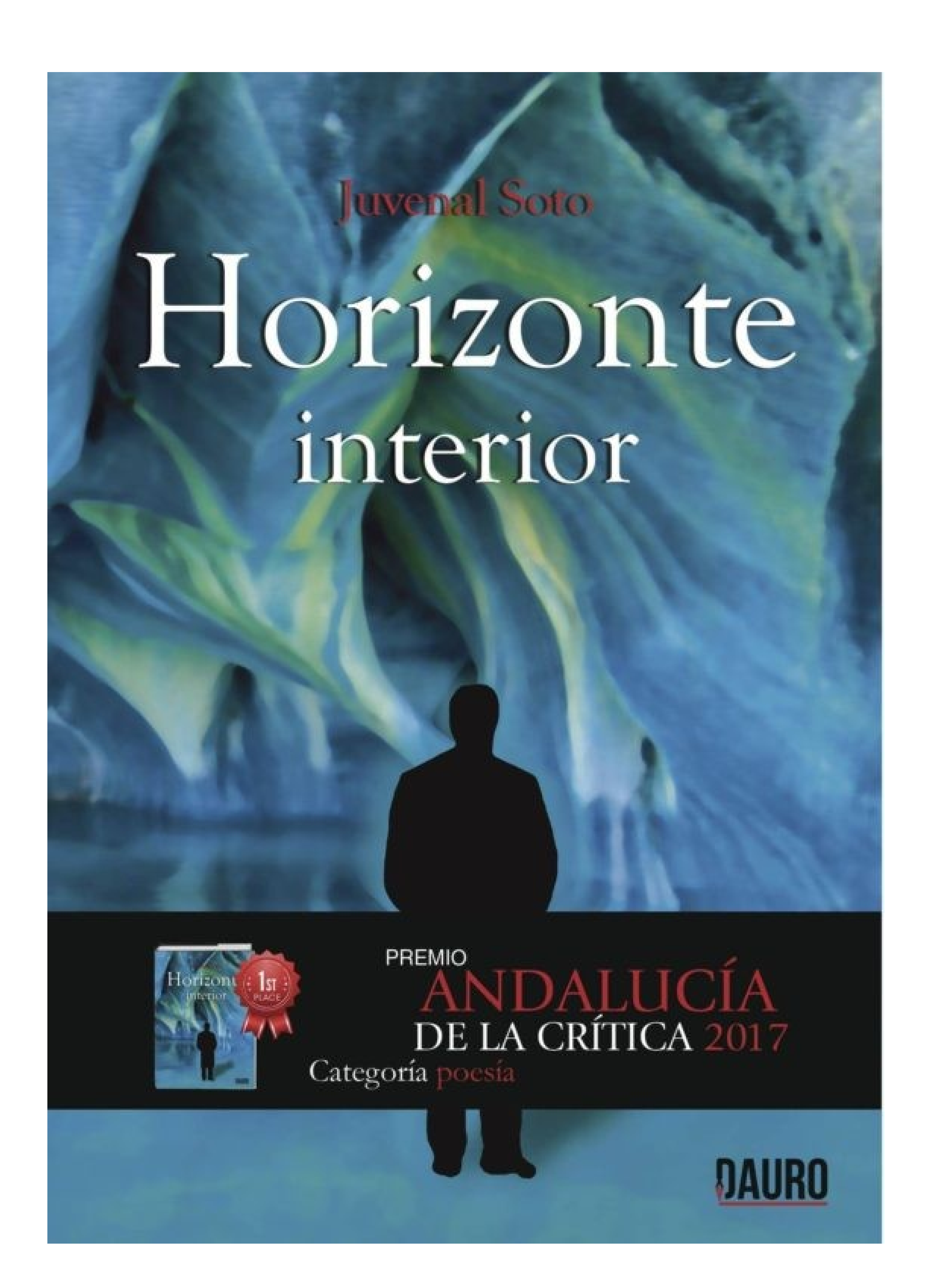

Juvenal Soto
Horizonte
interior
PREMIO
ANDALUCÍA
DE LA CRÍTICA 2017
Categoría poesía
DAURO

Horizonte interior

(2016)

“El texto es más real que el mundo, porque, para el texto, el mundo es sólo un pretexto.”

Mariusz Wilk. *Diario de un lobo*

La voleuse des mots

En un remoto anaquel de esa librería anticuaria descubre un ejemplar del libro durante tantos años indagado. En su interior encuentra el manuscrito omitido de la ficción que anhela escribir. La publica con su nombre. Cantado y proferido por estos y aquellos, constata que la vida, no él, es una impostura.

La mitad del horizonte

Envíame, Señor, todas las moscas
a que pongan tus larvas en mi vida,
y envíame también la más querida
decepción a que vuele entre las toscas
madreselvas del hombre al que me enfoscas
tal fiera por un diablo concebida.
Envíame, Señor, otra medida
del dolor en las alas de las moscas.

Señor, de madrugada me llamaste
a cuidar las estrellas y las noches,
del jardín como a un lobo me apartaste
y en el frío del bosque me ocultaste
sin más Dios que el invierno y los reproches.

Envíame, Señor, cuanto me hurtaste:

los desiertos de sal, las nubes bajas,
la madera que prende sin el fuego
del amor en los cuerpos que arden luego,
las cumbres, los abismos, las barajas
del Tarot, el verano, las alhajas
de la luna en el vaso de un dios griego,
el Tigris, Buenos Aires y este juego
de entregar a tu olvido unas migajas.

Envíame, Señor, las mariposas
del mar sobre el corcel de los delfines
la tristeza amarilla de los barcos,
las sirenas de Ulises y las rosas
de los vientos, que baten los confines
de los días hundidos en los charcos.

Por el aire, Señor, unas abejas
memoran que la nieve ha terminado;
su mansa desmesura por el prado
pace ahora, Señor, con las ovejas,
y el manto de alegría que les dejas
tiene el verde de un Dios abandonado
en la paz de los surcos del arado.
Evítame, Señor, todas las quejas.

Azules como venas de la tierra
los ríos por el cauce de los sueños
libres son hasta el mar que los encierra.
Sólo el humo y las nubes serán dueños
de todo y cuanto el cielo amargo entierra
bajo el vino infeliz de los sinsueños.

El peatón de sueños

La última vez que me pareció verle, cruzaba la calle de uno de mis sueños. Se sentó a una mesa cercana a la que yo ocupaba en la terraza del café. Pedía una botella de Perrier, cuando sonó la alarma del despertador y lo vi de nuevo cruzar la calle de vuelta a su destino.

El libro de la selva

En la página cincuenta y uno de esa quimera, Kipling sospecha que cada libro es el bosque de una selva provista por todos los libros. Me adentré algunas páginas más –creí no haberlas visitado nunca antes- hasta descubrir el cadáver de un animal terrible, que aun muerto devoraba a los pocos lectores que por ellas pasaban. Ignorancia es su nombre, me dije ante aquellos despojos. Desde entonces, no he sabido regresar desde el texto de Kipling.

El mar de Jenofonte

Tras el primer café de la mañana, reparó que la marea lo empujaba de nuevo hacia las sábanas. Nadaría por un océano de pliegues, mantas y almohadas hasta abandonarse al abismo del piélago. Ella entonces le mostró aquel párrafo, casi al final del libro IV de la *Anábasis*, en el que los hoplitas de la avanzada del ejército de Jenofonte ven el mar, tras pasar años intuyéndolo. “Y enseguida, oyeron que los soldados gritaban: ¡El mar!, ¡el mar! y que se transmitían el grito de boca en boca.” ¿Qué mejor final –se preguntaba- que hundirme en las profundidades de mi lectora? Y se ahogó en Elsa para siempre.

Muerte de Sigfrido

De bruces sobre la penúltima sílaba de aquel verso, Sigfrido deploraba el menoscabo del Arte, el vértigo fatal de la Poesía. Horas más tarde, frente al sancocho entibiado de la cena, postergó las migajas de un soneto disperso por el mantel *como una picuda y deslumbrante pena*. Él, que tantos cantores hubo sido.

The black book

Todos los libros son el único libro. Todos los escritores son el único escritor. Sólo un lector lee una vez y otra aquel libro de este escritor. La literatura no termina nunca de llegar.

Escrito en El Tigre

Buscaron su cuerpo, ya con más resignación que esperanza, en los yuyales alejados del pantanal. Nada. Prendieron hogueras inmensas para quemar sus formas toscamente rememoradas en barro, por si el fuego la hiciera regresar del olvido. Tampoco. En las entrañas aún latientes de un capibara, alguno creyó intuirla desasistida y quejosa. Nadie recordaría tiempo después su belleza caliente de hembra codiciada. En los albores de noviembre, una partida de cazadores supo de un yacaré anidado en el gran meandro del río interminable. La

encontraron allí, ceñida y plácida junto al caimán. Nunca sabrían que el saurio la protegió durante meses de ellos, que desde siempre la devoraban con los ojos.

Sombras, nada más

A Leticia Rossi

Con la primera luz de la jornada, la sombra de quien fue continuó remontando el río como si el suceso de su muerte no hubiese acontecido jamás. Alguien o algo lo dispuso así. Su remo volvía a impulsar la canoa por el agua lodosa del rabión, dejando atrás los potreros de los poblamientos de la orilla, confundido con los otros remos

de las demás sombras que también navegan en busca de quienes alguna vez las poseyeron. Cuando la flota de sombras dobló la primera curva del río anterior a la selva, aparecieron las siluetas de quienes nunca remontaban la corriente. Los despojos de aquellos ahogados flotarían para siempre en el pantanal de las riveras, como si tampoco inertes fuesen capaces de buscar un destino. La memoria de quien alguna vez soportó el nombre de Elsa reconoció entonces ese cortejo de la podredumbre y se reconoció también ante aquella pared en Carlos Pellegrini, junto al obelisco, en la que antes de ser no más que un crepúsculo escribiera –nunca supo por qué- los primeros versos de *El jardín de las hélices infinitas*:

El habitante del invierno

Esta tarde las nubes me trajeron
la sombra de otra tarde en Buenos Aires,
una tarde de labios y arrabales
de marzo sosegado por los huertos.

Volaban golondrinas por el tiempo
y el tiempo aquella tarde como un río
me puso entre las manos el destino
y mi vida, que nievan los inviernos.

He buscado esa tarde en mis papeles
y no tengo manera de encontrarla.
El pasado, lector, por qué no vuelve

y trae hasta mi casa las mañanas,
las sombras y las tardes, los papeles
del que he sido y porqué, y dónde y cuándo.

La casa

Volvió a la casa que ocupara durante años, como ahora ocupaba el cuerpo de la viuda de su hermano en el lecho del difunto. Entraría en ella con el tacto del que se sabe ladrón de un pasado remotísimo que no era el suyo. Cada mota de polvo acumulado en los peldaños de la escalera le ratificó aquella percepción de perpetuarse en una infancia que le fue ajena. En el rellano contiguo a la pieza que había sido su dormitorio, un velador con el daguerrotipo de su hermano exánime en el centro del grupo familiar le advirtió del espejismo: este no es el texto que quiere ser aquella casa.

El jardín de los senderos intransitados

Cuando rebasó el portón que hasta ese día vedara el acceso a este paisaje, pudo ver los senderos que como en el otro cuento también se bifurcaban. Uno conducía a la infelicidad de su pasado. El otro, a su destino incierto. Decidió quedarse en este punto, bajo el sol del ocaso, sosteniendo eternamente en su mano derecha un dulce de pistacho.

Arte final

Ante los ferros de *El jardín de las hélices infinitas*, el libro de Elsa, quiso imaginar otras galeradas que acaso corrigieran el arte final de un texto rotundo, el de su vida.

La visita del artista terriblemente enfermo

R.P.E. in memoriam

A nadie conoció. De ninguno supo si era algo o alguien. Avanzaba por el centro del salón inmenso ausentemente asido al brazo enjoyado de una hermosa mujer blanquísima, en cuyos ojos creí verle reflejado con la forma de un armiño que hubiese perdido su mágica pelambre. Avanzaba hacia la gran vidriera del fondo del inmenso salón, hacia los espejismos que la luz del sol figuraría en los cristales emplomados de la colosal vidriera del incalculable salón. A cada paso, la mujer era más un haz de luz igualmente blanquísima y también hermosa; más y más, hasta abandonarlo entre nosotros, minúsculo, desasistido, quejumbroso. Alguien, quizás animado por el mustio amor que antaño le profesase, descolgó algún cuadro de una pared y en su lugar cuidadosamente puso lo que de él veíamos. Allí permanece. Ajeno a cuanto pudiera acontecerle.

HMS Beagle

Casi al final del nocturno Sur, antes de burlar las bramas del Cabo de Hornos, alcanzó este paso. Supo que, de cruzarlo, habría llegado a las aguas del Pacífico. Y corrompió las desvaídas nieblas de aquella espalda trazando sobre su piel de diosa habitable el rumbo de ese buque, desde Plymouth hasta Tierra del Fuego. Allí, incendiado por este nombre, prefería negar su origen, y el del resto de las especies, para adentrarse en ella, en sus olas de hembra oceánica.

Un bel di vedremo...

El diario de la mañana. Una esquela. Marca un número de teléfono. Sabe que nadie atenderá su llamada. El tiempo es, ya para siempre, esa mancha que borra tus gestos en todas las fotografías.

Animales nocturnos(*)

La penumbra del bosque te acompaña,
la noche de tu vida está al acecho,
como raudos caballos a tu pecho
llegarán con la luna y su guadaña.

Zorra y sapo conocen que la araña
desteje cuanto el tiempo no ha deshecho;
ignóralos, no sepas que el barbecho
de un dios hizo en tu cuerpo aquella hazaña.

También esta penumbra es un cobijo.
En ella aguardarás si hubo otra noche
y en ella como un árbol te deshojas,

y plácido convienes que aquel hijo
de la tromba que fuiste era un derroche
del mar y de las olas. Te acongojas.

(*) Anteriores a estas líneas, aquellos versos del libro de Elsa no constituyeron un poema de *El jardín de las hélices infinitas* hasta que alguien advirtiera en ellos la presencia de una fauna miserable. Zorras, sapos y arañas súmanse allí a la presencia de otro animal más terrible, menos frecuente: ese dios bárbaro que crea un maltrecho mundo a su propia imagen y semejanza, según ha quedado dicho y escrito por la turba desordenada de cuantos quieren intuir una exégesis de lo teológico. Yo fui ese alguien y también fui yo quien, tras dilatadas conversaciones nocturnas, propuso a Elsa la ascensión a la categoría de poema de unos versos fatigosamente sueltos –los que anteceden al arrabal que quiere ser este texto- en los que su cuerpo, inagotable y deslumbrante hasta ese día, asumió para sí el riesgo de ultrajarse hasta un elemental barbecho. “No te hizo a su imagen y semejanza dios alguno”, le dije. Y añadí: “él es la obra a semejanza de tu propia imagen sólo por ti misma hecha”. Nada supe o pude añadir a lo aquella noche así dicho. El resto es conjetura.

Sombras de un nadador

Con las primeras luces de la mañana posterior a la de su muerte –ahogado, quizás voluntariamente, en la piscina de la que por tantos años fuera la casa en la que habitaron él y sus sombras- alguien creyó ver varias estelas sobre la superficie del agua lechosa de aquella pileta. El prodigio o el espejismo –aún desconozco la naturaleza del acontecimiento- se repetía cada mañana de ese agosto

bochornoso, seguido, ya bien entradas las sucesivas noches, por los carcajeos angustiosos de ciertos gatos, que con la penumbra cerníian el albor de la alberca para maullar a la luna. Cumplido el verano, otro alguien concluyó la disipación de las estelas. Sin embargo, poco antes de la Navidad de ese mismo año, el jardinero comprobaría la persistencia de una balsa recóndita en el adelfal más alejado de la poza. Ahí prorrogaron su portento las estelas y las noches carcajeadas por los gatos. Ahí bracearán por siempre las sombras del nadador. Desde la memoria de un agosto infinito hasta el olvido, que también es eterno.

Epitafio en un jardín de Conde de Ureña

La tierra que da cobijo al limonero guarda cuanto de ella nos queda,

memoria y diminutos huesos que alguna vez sostuvieron el porte de su lindeza casi transparente. No tuvo hijos, nunca supo que la alegría de su pan mojado en leche fue la dicha nuestra de las mañanas que le duró la vida. Tierna en demasía para un tiempo de asperezas, en el aire permanece escrita su templanza.

Dulce como la luna de septiembre,
mirábase al amor por alumbrarlo
y a los cielos miraba por volarlos
y a la nube que pasa y nunca vuelve.

Del jardín soberana y labradora,
desterró de su reino los inviernos,
de los veranos hizo su contento,
sobre las altas noches puso auroras.

Bajo el césped, rendido a las estrellas,
su amor te pide el pan de los que ignoran
el sueño de los dioses y la tierra.
Nada supo del río y de las horas
que mueren en la mar. Mi hermosa perra.
Una lágrima más aquí la llora.

La misteriosa ausencia de tu nombre

No sabrás por qué tampoco escribiré tu nombre aquí, en esta línea de esta página. Es un secreto que ni siquiera puedo compartir contigo, porque –te lo confieso ahora- yo también lo ignoro.

Vida de un escritor y viceversa

Me dijo que todo comenzaba como terminaría, con un gesto. Cuando hice ademán de marcharme, añadió:

- *Entre uno y otro gesto, quizás merezca la pena recordar. Ese acto improbable es la Literatura.*

Me entregó entonces unos papeles con algo escrito. Esto:

EL MEDIO ES EL MENSAJE

Leo tumbado en la cama, sosteniendo un lápiz en la mano derecha con el que subrayo cuanto llama mi atención en la lectura y con el que escribo notas en los márgenes del libro. Es un método que adopté hace años, tras pasarme varios meses con la espalda doblada sobre una mesa y redactando fichas para el Departamento de Filosofía del Derecho de la Universidad de Granada. La ventaja que me proporciona este anotador régimen horizontal es clara: cuando repaso los libros de mi biblioteca con la intención de despedirme de algunos para dar la bienvenida a otros, aquellos que no contienen notas o subrayados pasan a mejor vida o a mejor biblioteca, según se mire.

Vida de un escritor, el libro de Gay Talese que acabo de terminar de leer, sólo tiene una línea por mí subrayada. Es una dirección de Nueva York, '206 Este de la calle 63'. Allí estuvieron ubicados sucesivamente varios restaurantes en los que GT pasó muchas horas de su vida, comiendo, bebiendo y disfrutando de substanciosas conversaciones con quienes regentaron el local y con algún que otro camarero. No me ha sido necesario subrayar más en este libro. O, mejor dicho, este libro es uno de esos rarísimos casos en los que nada me resulta tan sorpresivo como la totalidad del texto, sin excepciones. La distinción que he hecho con esa dirección

de Nueva York obedece a mi interés personal en almorzar o cenar en el restaurante que hoy ocupe ese trozo de Manhattan en el que, según GT, tantos fracasaron como restauradores y tantos gozaron como comensales. ¿Les parece una banalidad? ¿Lo es? Veamos.

En *Vida de un escritor*, GT pone ante el lector una tanda de historias que en su día estuvieron destinadas a ser publicadas en alguno de los medios en los que trabajó (*The New York Times*, *The New Yorker*, *Time*, *Esquire* y *Harper's Magazine*). Unas fueron rechazadas por los no tan misteriosos motivos que ciertos directores (editores en el ámbito anglosajón) jamás se atreven a comunicar a los autores; otras vieron la luz impresas por entregas, no en un único texto, como sí las recoge este libro; y las menos permanecieron inéditas hasta ahora en el archivo personal de GT. Todas y cada una de ellas demuestran que su autor probablemente no sea un escritor al uso, pero sí es un formidable narrador de historias. Y no es lo mismo.

El escritor suele ser un tipo con ínfulas de más allá; es decir, alguien que pretende, a costa de los lectores y de lo no sólo estrictamente literario, trascender la literatura para conseguir un fin, llámese recado, corolario o como prefieran. Un fin o recado o corolario unívoco con el que podremos, eso sí, estar o no de acuerdo. El verdadero narrador cuenta historias y, además, las cuenta con los mejores utensilios de la literatura. Su recado y su corolario son la propia narración, alejada, o no, de las torres de marfil y de las artes por el arte. Será el lector quien elabore sus propias conclusiones, aunque tampoco sea este un requisito indispensable. En *Vida de un escritor*, GT cuenta historias, y las cuenta de un modo magistral; tan magistral que el lector, si lo desea, puede extraer una exclusiva conclusión: el encanto de la lectura que ni invita a disentir ni obliga a compartir otra cosa que el mismísimo goce de leer; es decir, el medio como mensaje. No es fácil hallar un mirlo tan blanco.

Más difícil aún resulta encontrar un híbrido de escritor-narrador que comparta los caracteres de ambos prototipos y los aúne en un ente superior a los dos. GT puede que sea ese híbrido –no sé cómo llamarlo y está claro que Gay Talese tampoco- y *Vida de un escritor* acaso demuestre, como ningún otro texto, mi suposición. Desde la desgraciada jugadora china de fútbol que falla un penalti en la final de unas olimpiadas, hasta los comienzos del movimiento anti *apartheid* en Alabama, pasando por la rocambolesca historia del edificio sito en aquella dirección de Nueva York que más arriba

mencioné, este libro es el mejor prodigio de alguien que es y se sabe prodigioso.

Dicen de Gay Talese (“GT” en el presente comentario, ya se habrán dado cuenta) que es uno de los dos padres del mal llamado ‘Nuevo Periodismo’ –mal llamado, digo, porque semejante novedad fue inaugurada oficialmente por Daniel Defoe en un texto de 1722, *Diario del año de la peste*, al que siguiera otro igualmente inaugural, *A General History of the Robberies and Murder of the Most Notorious Pyrates*, de 1724. Extraoficialmente, tengo para mí que otros muchos la inauguraron antes), o del ‘periodismo literario’, también denominado ‘reportaje de no ficción’. Con el permiso de Defoe, *Vida de un escritor* ratifica esa paternidad, compartida con Tom Wolfe, y sitúa a Talese en una órbita tan imitada por muchos como conseguida por muy pocos.

En España el ‘Nuevo Periodismo’ de GT pudo tener coetáneos en César González Ruano y en dos o tres nombre más de aquellas carretadas de contertulios que pulularon por el Gran Café Gijón, aunque los herederos privilegiados de ese *Stil Nuovo* son, según mi criterio, el penúltimo Umbral y el Manuel Vicent de *Daguerrotipos*. Hay muchos Vicent y hay muchos Umbral. Alguno de ellos, especialmente cuando escribe novelas, incluso me recuerda a Pío Baroja, aquel señor que espurreaba los signos de puntuación luego de escribir un párrafo, o un artículo, o un libro. En España, decía, el nuevo y el viejo periodismo parecen ser tareas de matagallos y juleperos bravos, por un lado, y de jefes de protocolo y encargados de relaciones públicas, por otro. Dejémoslo ahí.

Vida de un escritor. Me huelo que o GT o sus editores –los editores tienen derecho de pernada sobre los títulos- juegan a despistar a los lectores con ese rótulo, pormenor importante que, sin embargo, no merma, ni mucho menos, el interés de la obra. Lo que sí disminuye es mi encanto con la reiterada dirección de Nueva York. Acabo de consultar *Google Maps* y he descubierto, entre horrorizado y divertido, que no queda rastro de restaurante alguno en ese lugar. *Zen Buddhist Temple*, reza un pulcro cartel colocado en el escaparate. Es lo mejor del ‘periodismo literario’: se purga por la meditación.

Ibiza en octubre

Para Enrique Moya y Pilar Sevillano

Es octubre en Ibiza el caramelo **(*)**
de una tarde con mar y con gaviotas,
corazones que pasan por el cielo
del otoño que lame sus derrotas.

Como rompe la vida en desconsuelo,

las playas del verano ya están rotas;
y esta mar de la tarde abriga el vuelo
de otras islas soñadas y remotas.

Reposa del amor la selva en calma,
en sus inviernos duerme la memoria,
cruzándola de besos va la palma

de mi mano, aquel resto de la gloria
de pasar de puntillas por el alma
y ser joven. Pero esa es otra historia.

(*) El último sustantivo del primer endecasílabo constituía un reproche agigantado por el paso de los años. Desde que lo escribiera ahí, tan ajeno y excesivo, se apoderó del resto de las palabras del soneto hasta revelarle, mucho tiempo después, su única intencionalidad despiadada, inmisericorde: la vejez –la suya-, que como aquella isla era una multitud de fracasos confinada en un inmenso abismo inminente. No hay más.

En el cenotafio de un caballero de la Orden del Temple con su perro a los pies

También desde la muerte ladre / quien por las sombras de las sombras me acompaña. / Palabras, tiempo y gestos fuimos. / En piedra y nada te aguardamos.

The best friends

En la falsa techumbre del sótano umbroso de aquel galpón inservible, perdido en el yuyal, dibuja la violenta luna de Pascua. Allí borroneará, antes de que lleguen los invitados a la cena, cada uno de sus nombres –doce en total- junto al rencor y la saña que les cumplía. Después remonta por última vez la escalera de su olvido, apaga la

tediosa luz de su pasado junto a ellos y cierra la puerta de su futuro indeciso. La oscuridad es el ámbito de lo que se pudre.

Pequeño discurso inmutable y discreta apoteosis final

Uno –inmutable- proclama: “Tengo a gala no haber cambiado un ápice de mis ideas durante los últimos cuarenta

años. Y me enorgullece la evidencia de mantenerlas así otros cuarenta más”.

Otro –apoteósico- pide amablemente a Uno que le pase el rollo de papel higiénico. Luego tirará de la cadena, al tiempo que baja la tapadera del retrete.

Me tiraste un limón,

y tan amargo

La noche anterior a este acontecimiento, Elsa buscó aquella nota en los archivos de su computadora. Nada. También en su agenda de bolsillo. Tampoco. Por la mañana pudo oír en la cristalera inmensa de su estudio el ruido de las alas gigantescas del arcángel que, otra vez, la señaló con un dedo reprochándole su desidia. El bicho celeste le reclamaba de nuevo ese verso que lo libraría de la condena a vagar eternamente por los suburbios del firmamento. Impávida, Elsa trazó sobre el polvo del espejo contiguo a su escritorio:

- *El poema es tan sólo una sospecha.*

El amante de Miris

En Carlos Pellegrini, frente al obelisco, creí reconocer sus pasos en los de alguien que buscaba en una farmacia el remedio para su fervor de Buenos Aires. Años después, compartiría con él y otros más los versos de una tarde en General Alvear, cerca de Mendoza, ya casi en Chile. He desatendido sus llamadas tanto en Berlín como en Ginebra. Y él no atendió las que yo le hiciera desde Venecia y Chicago. Nunca he visitado su casa, porque padezco la costumbre de no frecuentar las ciudades fundadas por Alejandro, y porque me muero de África en las cercanías del Nilo. Sí lo tuve para mí solo en la noche vertiginosa de Bagdad, cuando me ahogaba en un remanso del Tigris fabuloso. Mi vida y mis viajes constituyen dos errores suyos. Ahora, cuando sé que él y yo somos geografía y mentiras, escribiré estas líneas que añaden olvido al olvido:

UN DIOS VERDADERO

Alejandría es una idea, una idea encerrada en una de las más hermosas palabras conocidas, más hermosa aún cuando se pronuncia en español. Una idea que animó a Alejandro de Macedonia a fundar una ciudad así llamada para inmortalizar su nombre, ya que su cuerpo de macedonio —bárbaro para muchos griegos, bárbaro especialmente entre los griegos de Atenas— fue tan mortal como el

del perro que simbolizara a los Cínicos, no así a las ideas de aquellos filósofos que eligieron al perro para simbolizarles. Pero Alejandro fundó otras muchas ciudades también llamadas Alejandría.

Alejandría es una idea, la idea que probablemente impulsó a un Tolomeo (Tolomeo 1 Soter, si no me equivoco) a construir una biblioteca en la que cupiese todo el saber escrito de su época. Pero otros lugares también albergaron y albergan importantes bibliotecas, quizás no tan importantes como la de Alejandría, quizás menos combustibles que la de aquel Tolomeo.

Alejandría es una idea, la idea de un faro tal vez concebido más para iluminar al mundo de los conceptos que para avisar a los navegantes de la existencia de un puerto en el que atracar sus barcos. Un faro que señalaba el lugar del conocimiento a cualquier marino dispuesto a cruzar las aguas infinitas del mar infinito de la sabiduría. Pero hubo y hay otros faros y hubo y hay otras luces, algunas de ellas destinadas más a señalar el comienzo de la barbarie que la puerta del saber. Acaso la luz del faro de Alejandría orientara al pirómano que ordenó quemar cuanto de escrito hubo en la biblioteca alejandrina en nombre de Allah y de Mahoma, su profeta, otro profeta para los que en el fuego han descubierto el mejor instrumento de la barbarie.

Alejandría es una idea, la idea sobre la que escriben tres escritores irrepetibles: Cavafis, Forster y Durrell. En ningún otro lugar se han repetido ni se repetirán esos tres hombres. La vida de quienes alguna vez tuvieron un nombre no vuelve a repetirse. No es que existan nombre irrepetibles, es que la vida de los seres que tuvieron, tienen y tendrán nombres es irrepetible. Las palabras pueden ser repetidas esta noche y mañana, aquí y en Alejandría; las vidas de quienes pronunciaron y escribieron muchas veces la palabra Alejandría no volverán a repetirse jamás. Alejandría es una idea, la idea de un hombre llamado Constantino Cavafis.

Nacido en una idea —Alejandría— el poeta Constantino Cavafis es el verdadero fundador de lo alejandrino tal y como hoy lo entendemos, o tal y como hoy debiéramos entenderlo: rechazo de los valores tradicionales del cristianismo, de la ética heterosexual, del nacionalismo y del patriotismo. Constantino Cavafis, en definitiva, es el verdadero fundador de Alejandría como la idea de libertad y de liberación que hoy es, o debiera ser. Si Alejandro de Macedonia fundó una ciudad para inmortalizar la idea de su posibilidad de sobrevivir a la muerte, Cavafis fundó Alejandría, una idea preexistente al propio Cavafis pero desarrollada por él. Así lo entendieron Forster y Durrell, así lo entendemos quienes ahora mismo tenemos en Cavafis no el ejemplo de cómo escribir un poema, sí el modo de cómo escribir poesía a sabiendas de que ese modo de escribir es también un modo de vivir y de considerar la existencia.

La poesía hecha vida, o la vida hecha poesía. Nadie, salvo Constantino Cavafis, ha conseguido tal prodigio. Nadie, salvo Constantino Cavafis, ha conseguido el prodigio de interesarse menos por ser registrado como autor del mismo.

Alejandría es una idea, Cavafis también lo es. Nadie, salvo Constantino Cavafis, ha conseguido ser la idea de una idea, padre e hijo de algo ya existente. Los cristianos llaman "Espíritu Santo" a ese prodigio, y dicen que es un misterio, algo ininteligible para la mente humana. Quienes profesan tal religion —"escasamente conozco sus creencias"— desconocen a Cavafis y desconocen el mito de Osiris. Quienes profesan tal religión tienen vedado el acceso al Paraíso de la autentica poesía.

Las islas de los pájaros de Hegel

Perdidas en los apuntes del cuaderno de bitácora del capitán Cook, esas extrañas aves no destacan, según el explorador, ni por la brillantez de su plumaje ni por la belleza de sus infrecuentes piadas. Georg Wilhelm Friedrich Hegel –otro viajero, aunque por distinto orbe- habla de ellas en algún párrafo de la dilatada descripción de sus expediciones fenomenológicas. "Levanta su vuelo únicamente al anochecer", apostilla el amigo de Schelling y Hölderling

refiriéndose al ejemplar que él alimentara cautivo y al que llamó "Búho de Minerva". Poco antes de ser devorado por los antropófagos, Cook aún pudo anotar esta otra observación: "Los nativos de esas islas eternamente en penumbra las engullen en los raros ocasos que la tiniebla tan escasamente les concede. No por el sabor de su carne –difícilmente masticable- y sí por venganza de cierta diosa, que puso en tales pájaros sus complacencias y privó a los hombres de las alas, único instrumento que conocen para adentrarse en la noche eterna."

Oración del tahúr enamorado

Primero calculabas ocasiones,
después me devoraste como un lobo.
En tu cuerpo esa noche busqué el robo
de una carta, el as de corazones.

Sirviéronme también tus dos pezones
como negros diamantes que a este bobo
de tu amor tornaríanlo en más bobo.
Pedí cartas y dísteme emociones.

Sobre el fieltro extendido de tu vientre
rendida encontrarás mi última apuesta.
El amor era un juego y queda en esto:

tus cinco naipes, mi suerte y lo que entre,
si es que entra otro póquer en la fiesta
de vivir. Y vivir es sólo el resto.

Excentricidades de Moby-Dick

Conoció la historia de aquel Jonás –"paloma" en lengua hebrea-, embuchado por un pez enorme que lo vomitará tres días después en una playa cuyo nombre ignoramos, según

las apostillas al *Poema de Gilgamesh* que los judíos llaman *Tanaj* y *Antiguo Testamento* los cristianos. Desconocía sin embargo el acontecer prodigioso de otro, que, concebido por sus propias lecturas y por los libros que él mismo escribiera, engulle a una ballena –Moby-Dick- y al libro que la albergaba junto con el autor de ese libro, H. Melville. Insatisfecho aún con la ingesta, J. L. Borges nauseó su digestión del texto de Melville como plato principal y casi único en una multitudinaria cena para lectores deslumbrados, satisfechos, ayunos de los libros –ése y tantos más- que nunca consumirán. Pan vuestro que cada día simuláis comer.

Ultimado el texto anterior, Elsa me propuso este otro como alternativa al que creí cumplido:

En la Historia de la Literatura hay tipos que fueron engullidos y vomitados por una ballena, tal es el caso de Jonás. Otros tipos engullen y vomitan a una ballena. Lo hizo Herman Melville en la novela de su colosal monstruosidad blanca. Finalmente, algunos tipos, tan raros como escasos, engullen, digieren y vomitan a una ballena que aún lleva en sus entrañas al tipo que –suena paradójico- la engullera y vomitara. J. L. Borges consumó esos tres actos en la persona de Melville y en la novela que toma su título de una ballena llamada Moby-Dick. Algunos lectores

dicen conocer lo que la historia cuenta de esos tres tipos. Es más cierto que los cuentos terminan engullendo a quienes los leen.

El lento fluir de los ocasos

Poseyó el privilegio de revivir el cuento de Chéjov(*). La casualidad los presenta en un balneario. Se aman durante algunas semanas. Después, ella desaparece para siempre. Ahora, esta misma tarde, sentado en el velador del pequeño jardín de su casa, fuma, la recuerda y aguarda, una vez más, a que anochezca. Antes de acostarse, repite la única frase que ha podido escribir desde que aconteciera lo narrado:

- Como el más lento fluir de los ocasos.

(*) Evidentemente, *La dama del perrito* es el cuento aludido en el texto anterior. Que yo recuerde –Elsa enmendará mis olvidos-, Chéjov omite la relación que necesariamente existió entre el protagonista de su cuento y ese perrito que acompañaba a la dama. Sin duda, al dolor provocado por la desaparición de la mujer amada hubo de añadirse, incrementándolo, el ocasionado por la privación del faldero.

Nikita Mikhalkov, en *Ojos negros*, su pasmosa película, omite también aquella relación, que, insisto, considero imprescindible para la apoteosis del cuento.

Tanto Chéjov como Mikhalkov quieren ignorar que el amor, por desgraciado que pudiera ser su desenlace, jamás alcanzará cúspide alguna sin la ayuda de un animal.

La caduta degli Dei

En el fondo de la habitación estrecha y lóbrega, uno de ellos levanta por encima de todas las cabezas un pote de vino y una pieza de pan, que luego reparte entre sus adictos allí congregados. Después, anuncian haber bebido y comido la sangre y la carne de otro de ellos, crucificado, según quienes pregonan esa extraña creencia, por llamarse a sí mismo único Dios de los hombres y las cosas. Dios mío también. Nadie, nadie quiso decirme que el mundo perecería devorado por un tropel de antropófagos hambrientos.

Lolita o el vuelo del ardor

Descalzada, soliviantaría los dedos de su pie izquierdo –las uñas meticulosamente compuestas en azul turquesa- para que todos los ocupantes del colectivo retemblaran como un solo corazón recién llegado a su noche de bodas. Cuando terminaba de cruzar sus piernas bravas de diosa extendida, alguno, que ya no pudo soportar el bochorno de aquel fuego adolescente, despejó una de las ventanillas del autobús hervido. Desde allí ascendía hasta las nubes aquel cuerpo inusitado, insolente, exento al fin del tedioso personaje en el libro del ruso cazador de mariposas.

Manuscrito encontrado en una vereda de Buenos Aires

Tras almorzar en lo de Arturito (Corrientes, esquina casi con la 9 de julio), leyó aquel billete anotado con caligrafía insolentemente afeminada: “Hijo de mil putas, dejá de romperme las pelotas con tus versitos al pedo”. Desde esa fecha, evitaba frecuentar las esquinas en las que pudiera constituirse un poeta.

Vivace, allegro, non troppo

Für Beatrix Brunn-Schulte-Wissing

No supo con certeza cuándo comenzó a ser invisible, pero sí que el mundo, desde el momento incierto de su transparencia, era una interminable música que se alejaba eternamente, el ruido de un verano que termina y muge como suena septiembre por los bosques.

La madre
(sin Gorki)

Acodada en la barra de lo de Pérez-Peña (justo donde retoma hacia Ramos Soler), Lilí reviviría el estruendo de ese pistoletazo y la pregunta que desde el fulgor inesperado de sus ojos aún pudo gritarle aquel Ramiro ya casi muerto: “¿Tanta vida estuve debiéndote?”. **(*)**

(*) Supe lo acontecido por un diario local hoy olvidado. Busco el dato en Internet. Sólo hallo la necrológica de un aclamado pescador de truchas –con mosca-.

Memorial de agravios

En la penúltima página de su agenda de bolsillo alista cada uno de los reproches que hacían de su vida junto a él la ciénaga en la que ahora ambos se debaten, agrupándolos según la intensidad del dolor que le infirieron –en el margen izquierdo- y según la violencia con la que en su recuerdo perviven –margen derecho-. Luego pasa página, y ya en la última, con tinta negra y brillante de la estilográfica que él le obsequiara, cruzada en diagonal, mayúsculas, escribe la sola palabra que cierra este memorándum de soledades: PERDÓNATE.

Un viejo cazador acecha su presa

Apenas sospechada en la hojarasca del sotobosque, aguardará un movimiento, una leve insinuación de ella. Después, como tantas otras veces, termina devorándola, fullero y baboso, en la algarabía de sábanas de su ruinoso lecho.

Esto sí es un epitafio

Nunca supiste cuánta felicidad provoca tu ausencia.

Historias de familia

Huido de alguno de los potreros que rodeaban la casa a comienzos del pasado siglo, ese animal se instaló primero en el baldío que hubo junto a la pareja de guayabos del jardín. Allí –eso me contaron- le oían remover la

tierra por las noches del verano en el que floreciera la que luego sería mi madre, y desde allí, una mañana del año de la nieve, se adentró en las piezas, ya desamparadas, de lo que hoy es el sobrado. Ahí permanece ahora, jadeante de viejo y soledoso. Y ahí, no recuerdo la fecha exacta, hallaron los huesos de lo que fue mi hermano. También olvidé si mis hijos, que no he vuelto a ver, consiguieron alcanzar la trampilla por la que tan dificultosamente –dicen- se gana el exterior de esta casa, en la que esa bestia y mi alma se cortejan va para los noventa y siete años (*).

(*) En el vigésimo segundo poema de *El jardín de las hélices infinitas*, Elsa alude a esta casa y a quienes la habitaron mediante una prolongada metáfora de la que el lector acaso conseguirá escapar también por una trampilla.

Es el olvido

Recordó el gris de los domingos en las calles de su infancia. Recordaba su infancia no en blanco y negro, sino en gris. Años después recordaría la calle de un domingo en el que las figuras de un hombre y una mujer, siempre de espaldas a él, se alejan hasta perderse en la eternidad gris.

Ne touchez pas les rêves

Hermético I Histaspes, tirano de esa ciudad que se refresca en la rivera más oriental del río de los tres mil meandros, concibió un ingenio que regalaba cada noche el sueño de la felicidad a todos los habitantes de su polis. Desentendidos de la cosa pública y del tráfago de los mercaderes negros del gran río, aquellos hombres erigieron una basílica a Lo Nocturno y a cuantos sucesos acontecen en su transcurso, y al atardecer embetunaban en el altar de este oratorio la pelambre del primer minino blanco que avistasen con el ocaso. Pronto los notables de la ciudad de Hermético devastaron los rumores del ágora con sus insidias. Según ellos, ni siquiera el sueño de la felicidad debería ser completo para quienes no poseen casa ni hacienda alguna. Atendidas tales asechanzas por el tirano, Hermético I Histaspes forja otro ingenio que ahora dividirá el sueño de la felicidad en tres partes. Otorga dos a los notables y consiente lo restante para la infinitud de los hombres. Un arbitrio impone el tirano al letargo feliz de los poderosos: sus sopores estarán antecedidos ya para siempre de un prólogo que, ensoñado por el propio Hermético, les recordaría cada noche que la felicidad, pese a todas las

insidias y asechanzas, es sólo un sueño
por él permitido.

Petit point(*)

Endemóniame. Sabes cómo hacerlo.
La tarde en la alameda de mis manos
sueña el rojo fresón de los veranos
que acomodan tus pechos. Para serlo,

dame el nombre de un diablo. Conocerlo
haría de tus muslos mis hermanos
eternos o fugaces y tiranos
como dioses que reinan sin saberlo.

Endemóniame. Dame la manzana
de tu vientre, la piel de tu costado,
los ríos y los valles, la mañana

de tu espalda de gato amenazado,

la música, tu música, que mana

para este ángel cabrón enamorado.

(*) Antes de iniciar su prorrogado viaje –nunca volvería, insinuó en el transcurso de aquella conversación-, Elsa quiso compartir conmigo la “similitud” –tal fue el término por ella utilizado- del último endecasílabo de este soneto con otro verso de un viejo poema (1983) titulado “Ephímera”. Le contesté que era consciente de la coexistencia, aunque yo prefiriera hablar de “disimilitud”. Elsa insistió en lo ventajoso de su palabra, al tiempo que subrayaba el equívoco en la mía.

Al despedirnos, le expuse ciertos apuntes sentados por el ocultismo de Occidente y la magia renacentista –esa mezcla de hechizos greco-romanos y demonología judeocristiana-, según los cuales un demonio es una entidad espiritual que puede ser conjurada y sometida, pormenores improbables en el caso de los ángeles conocidos. Fatigosamente recurrió a R. M. Rilke para concluir: “Todo ángel es terrible”. Apostillé: “Tu olvido de mí y la ignorancia tuya serán los demonios que me devoren.” Ni hubo más, ni he sabido otra cosa de Elsa.

Aproximadamente una elegía

Atenuaste el incendio que arrasaba tu vida para dejarme de ti este débil fuego que apenas templa mis inviernos. Este débil fuego en el que hervirán mis huesos hasta la ceniza que han de ser contigo. ¡Qué irrisorio resultaría el Más Allá, ese absurdo en el que mis brasas se limiten a soñarte eternamente!

Siluetas de una música que pasa

No nace del amor ni de una sombra
y su música a veces es el sueño
del violín que en un verso busca al dueño
de todo cuanto esconde y nunca nombra.

Al fuego de las noches aún asombra
-como al día cuando arde y queda en leño-
de sus ascuas brotando este otro sueño:
un soneto ni te hace ni te escombra.

La verdad de una sílaba, lo incierto
de su paso delgado por el alma,
que recuérdase y aviva ese concierto

de pereza ruinosa que es la calma
y vivir tan ajeno a que estás muerto.
El soneto te crea y te desalma.

Plus ultra

También aquella tarde supo la inminencia de lo que hasta esa fecha había sido no más que un par de palabras ocasionalmente leídas por él, o mal escuchadas en boca de los otros: Más Allá.

Alguien constituyó frente a su postrimería a otro que susurraba en sus oídos oscuras frases referidas a un hacedor que, en algún momento impreciso de la eternidad que se le avecinaba, otorgaría el prodigio de la resurrección de la carne.

Eligió entonces recordarse joven de nuevo, ascendiendo otra vez la lejana

escalera de un venerado prostíbulo en la calle Alcaraz.

Luna del sur

Quienes habitan lo más al sur del sur, allí donde las olas de los mares fabulosos rompen sobre las arenas del desierto sin fin, saben que la luna vive en el agua dulce contenida por un gran barreño de madera. Reunidos al anochecer de todos los días de sus años en torno a ese barreño, ahí la ven nacer con la primera penumbra del ocaso y ahí se les muere con el alba de cada día. Una vez y otra, desde que el

tiempo resurgiera de las profundidades del piélago. Ante los viajeros que, perdidos, ocasionalmente los visitan, esas gentes sostienen que beben de la luna. En el transcurso del Año del Cometa, juntas las furias del viento y de la lluvia quebraron ese barreño, pero por uno de estos viajeros aquellas gentes creen que ahora la luna anida en otro gran barreño, quizás mayor que el de siempre, puesto sobre sus cabezas por alguien cuyo nombre también desconocen. Dedican sus noches de hogaño a permanecer tumbados sobre la arena, aguardando el agua dulce de la nueva luna del cielo. Sé por otro que por allí pasó no hace mucho que todos han muerto de sed.

Vae victis!

Como esqueletos de los que un día fueron animales monstruosos, contemplamos hoy estos fierros que el

mar voraz desguaza. John H. Delius –Universidad de Nebraska- consideró aquí, tan lejano a su tierra de planicies y tornados, otra metáfora del tiempo y la memoria, vertedero y tesorera de inútiles joyas falsas. Saqueado por la angustia de aquellas olas sobre cuya espuma descubrí este cuerpo, ahora sustento de las aguas, he querido volver para saberte, oh víctima perfecta de las malas artes del poema.

Un adjetivo para vos

Cuarenta años después, ese mismo tren –putas desvencijadas, estraperlistas, matatías de Cazalla con medias noches y él, otra vez, sin desmerecer entre unas y otros- le devolvería a la nocturnidad de aquellas ciudades que nunca conoció y cuyos nombres anotaba en este bloc devuelto a su memoria, ahora oscura como esperanza de pobre. Amor berlín, pasión lisboa, hiel madrid, paz ginebra. Aún no encontrará, cuarenta años después, la palabra que lo redima de su desventura. Quizás porque, cuarenta años después, todavía permanece de pie en el apeadero, tal vez aguardando el paso del adjetivo que, por fin, le aplaste bajo su destino.

Nocturno de quien sabe cuándo

A José Manuel García Agüera

Mil y una de la noche. Pasan trenes.
Son la música sucia de los muertos.
Pasan trenes vacíos. Van a puertos
donde aguardan las horas que no tienes.

Mil y una de la noche. Vas y vienes
por caminos tan brunos como inciertos.
Vienes, vas, del amor a los desiertos,
y el día que no llega así entretienes.

El marino Simbad duerme en tu vela
aquel sueño sin rumbo de su barca:
de la noche a la aurora por la estela

de un reloj que las olas ya no marca,
de un reloj que esta noche te desvela
a las mil y una en punto de La Parca.

Nunca regreses (*)

Como memoria guardase de los días que ella tejiera y destejiera para entretener su ausencia, también del olvido le saqueaba el neblinoso. De un solo golpe –tal cegó él aquel único ojo del Cíclope-, al desdén le condenaría Hades esa noche de las noches. Desde el flujo de la Estigia, alguien que por ahí aún merodea asegura que las sirenas todavía silban la furia de Odiseo. Porque no supo si el infierno de las sirenas sea un jugo meloso, y sí el tedio infinito del abrazo con Penélope.

(*) Semanas después de concluir el texto que origina esta nota, recordé un poema, “La poesía abandona a Juvenal”, escrito a finales de la década de los 70 del pasado siglo –vivir a caballo de dos centurias hace que me sienta un antepasado-, en el que aparentemente el autor pronostica todo lo contrario a lo descrito en “Nunca regreses”. Descreí de tal apariencia al releer los últimos versos de aquel poema: “… y su paso dará cuenta / de que jamás conseguí volver a Ítaca.”

La mitad del fuego

A Estanislao M. Orozco

He quemado los puentes del retorno
porque todo el olvido es un regreso
al fuego de vivir en donde preso
arde mi corazón dentro de un horno.

He quemado las sombras y el contorno
de un sueño que era mío y fue el exceso
y una tarde incendiada por un beso
y el bárbaro fulgor de otro retorno.

Como dioses en llamas, cada ocaso
fue el hollín de los días que hoy son humo;
ante mí se diluyen en un vaso

donde apuro infeliz su turbio zumo.

Mi derrota desfilan paso a paso,

contemplándolos muero y vivo y fumo.

Agradecimiento y dedicatoria

Agradezco las observaciones acertadas y pertinentes que, al leer el original de este libro antes de entregarlo al editor, me hicieron mis queridos amigos Beatrix Brunn-Schulte-Wissing, Alicia Guerrero Tolosa, Mark Aldrich, Estanislao M. Orozco y José Manuel García Agüera. A ellos dedico este *Horizonte interior*.